

LA AGRICULTURA PREHISPÁNICA

Lic. Lorenza Elizabeth Mendoza Barrio.

Dr. Oscar Arturo Sánchez Carlos.

División Multidisciplinaria en Nuevo Casas Grandes de la
Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

INTRODUCCIÓN

El agregado histórico que hace la agricultura a la humanidad es tan importante como el descubrimiento del fuego, la invención de la rueda y el establecimiento de cualquier religión. No se entiende la práctica agrícola sin un contexto cultural, económico y social que la justifique, es indispensable en cualquier sistema político y el hombre la usa para su sobrevivencia y conservación.

Se alimenta, se nutre y también se cura a través de ella. Se enriquece y empodera, explota los recursos naturales de la Madre Tierra, pero también explota al hombre que requiere empleo y que encuentra en el surco la materia de su existencia. Herencia del siglo XX, no de los pueblos originarios.

Esta propuesta discursiva, se propone revisar las entrañas de un labrador indígena y de un indígena que encuentra en el cultivo la nobleza de sus dioses, cualquiera que

sean estos o aquel. Del sincretismo religioso a la adoración del capital, podemos encontrar la magia de su cultura y el valor de su producción.

El cultivo del maíz nos regresa a la mitología prehispánica en todas sus expresiones. Desde la creación del universo al único corazón del mundo: Tenochtitlan. Centro de los puntos cardinales y espacio de todos los elementos de la naturaleza, Mesoamérica es para el mundo espacio de encuentro, asombro y conocimiento.

A partir de un ejercicio retrospectivo y con un enfoque cualitativo, se revisó la bibliografía que permite conocer la historia de la agricultura en los pueblos originarios. El lenguaje objetivo, documentado y multidisciplinario de las obras fue el parámetro para determinar criterios de validez.

Leyendas de tradición oral, historias en la narrativa literaria, poemas rescatados de los códices más antiguos, documentales cinematográficos, revistas de arqueología y las ediciones más referenciadas en los documentos de consulta permitieron crear líneas transversales entre la cosmovisión indígena y la antropología moderna.

A consideración del lector, el ejercicio de esta síntesis presume una agricultura autóctona, pero nunca improvisada. El mejor uso de los recursos naturales bajo la mirada discriminatoria de las deidades en el ojo del dios tutelar, un humano tan común como el más dedicado labrador.

Del hombre de maíz al indígena inmortal, la ciencia tiene muchas deudas con el conocimiento ancestral. La intención más clara, apuesta a su discusión en todas las mesas académicas desde todas las aristas posibles. Ésta es solo una.

LA COSMOVISIÓN.

"Quedó dicho qué sobre la superficie de la tierra, a partir de los soportes del cielo y como producto de las fuerzas provenientes del cielo y del inframundo, se daba el tiempo. Sin embargo, éste era uno de los tipos de tiempo: el tiempo de los hombres"

López Austin, Alfredo (1985).

Cuando la tierra, el aire y el mar establecieron sus límites, ya también existía el fuego. Estaban dados los cuatro elementos de la naturaleza para que los dioses bajaran al universo y lo empezaran a ocupar. Antes, se entretuvieron creando fieras, amalgaman-

do metales y enseñando lo que debía ser el buen comportamiento a la luna, al día, a la noche y al sol. Materia, energía, cambio y espacio fueron sus primeras creaciones. El infinito se sincronizaba y a los dioses les gustaba su enormidad. Creyendo haber construido un templo, descendieron al único centro del mundo y encontraron el mejor lugar para existir. Lo denominaron Tenochtitlan, aunque no se conociera su nombre hasta mucho tiempo después. Los dioses lo dejaron en el secreto de su perfección. Tenían tareas pendientes y una de ellas era crear al hombre que los iba a venerar. Establecieron los cuatro puntos cardinales y se pusieron a contar las rondas que hacía el sol, la forma como danzaba la lluvia y la manera como la luna se mantenía en el cielo. Apreciaron el vuelo de las aves y la manera como se guarecían en las tormentas. Sintieron miedo cuando enormes reptiles se quedaban pegados al suelo y bramaban de dolor. Así aprendieron los dioses a llorar, a reír, a sentir alegría y a retorcerse de dolor.

La tierra que se concebía rectangular fue rodeada por las aguas marinas que sostuvieron cuatro paraísos celestiales y en cada uno de los extremos se levantó un soporte tal que dio superficie y espacio para que los dioses viajaran y se encontraran con su propia magnificencia, para que chocaran con las fuerzas del mundo interior, el inframundo de nueve pisos donde se conjugaban ríos con arroyos, montes con vientos, cuencas con manantiales y semillas con aguas y metales. Luego que los dioses fueron cumpliendo sus tareas en la superficie de la tierra, fueron buscando otros espacios donde recrear sus energías. Así los pisos celestiales fueron también nueve. De ahí nacería el hombre, el que daría al tiempo nombre. Separadas las fuerzas superiores de las inferiores, quedaba pendiente delimitar el plano que las obligaría a convivir en una lucha paralela, donde algunas veces se impondría la calma y en otras la calamidad. Donde lo femenino y lo masculino estarían sujetos a una misma humanidad. Donde la noche y el día serían expresiones de una sola rotación y los inviernos descanso de inclementes veranos.

La superficie de la tierra fue el plano donde se daría el tiempo. "Uno de los tipos de tiempo: el tiempo de los hombres". De acuerdo con Alfredo López Austin, aun cuando los cuatro elementos de la naturaleza estaban perfectamente delimitados en comprensión, veneración y conocimiento por los hombres de los pueblos prehispánicos,

el único tiempo imperecedero sería el de la creación, cuando al fin los dioses pudieran hacer del maíz una réplica de ellos mismos.

No fue la piedra, tampoco la madera ni el barro lo que sostuvo la forma de la humanidad. Fue el maíz que de la tierra provenía y a la tierra regresaba lo que le quitó rigidez al cuerpo para que la humanidad pudiera moverse por donde el viento, danzar donde la lluvia y correr cuando los peligros apremiaran.

Fue el maíz origen y hombre porque el grano no nace solo, se coloca en cadenas que evocan la tendencia gregaria que permite la sobrevivencia unida a una fuerza tan esotérica como la mazorca que le da forma al fruto y sabor al alimento.

El hombre aprendió a cultivarse a sí mismo en la milpa, donde el sol es indispensable para coronar las hojas y levantar el tallo que arrasa el viento, pero no para consumir el agua que en el temporal riega el surco y lleva a la mesa el misterio de su preparación. El maíz nació silvestre, junto con todos los simbolismos que el clima, la orografía y los accidentes de la biodiversidad le ofrecieron para que también naciera resistente, nutricio y curativo. Cuando el maíz conjugó belleza y armonía en sus plantíos, los dioses se mostraron rendidos a la pleitesía de los pueblos, que ya eran civilizaciones, porque habían aprendido a dominarlos, a someterlos a sus justas necesidades.

Los dioses debían entonces hacer llover para que el temporal saciara el hambre y calmara los espíritus del labrador que no había sembrado. A cambio, pedirían sangre, sacrificio en ceremonia y corazones ardientes que nadie tendría empacho en ofrecer. Sacrificar la vida era el sentido de la creación. Morir prisionero entre las manos de los sacerdotes, garantizaba el retorno al lugar de los peligros, escapar de ellos y resurgir en la superficie de la tierra para volver a vivir. "Hombres, dioses y milpas compartían el mismo destino: nacer de la tierra, vivir entre valles, costeras y montañas para volver a morir en el perpetuo ciclo del único tiempo real" (LÓPEZ AUSTIN, 2011).

Así coronaron los hombres de maíz, junto con todas sus deidades al Quinto Sol como el dueño absoluto del tiempo. Elemento que les faltaba establecer a los dioses cuando los crearon a ellos, los hombres. Los cuatro soles fueron a vagar por todos los cielos superiores, murieron anteriores para que el nuevo astro tuviera un fulgor propio, pero no olvidara nunca, que igual que los otros soles, podía desaparecer.

EL ORIGEN Y EL MITO EN UNA SOLA REALIDAD.

En esta civilización mágica, los mortales quedaron divididos en clases.

Después de los señores y los sacerdotes,
que eran los que estaban directamente emparentados con el linaje de los dioses,
seguían los guerreros, los escribas, los comerciantes, los artesanos
y los agricultores, únicos señores de la tierra.
A ellos, se debía la buena constitución física, la salud
y la alimentación de todos los seres, los reales y los irreales.

J.M.G. Le Clézio (1992)

De tal manera, empezó a crecer la civilización. El hombre se hizo dios. Los dioses vinieron a vivir con el hombre. El maíz fue ofrenda y el indígena inmortal. Todos llegaron de la parte donde nace el sol y hacia el sol siguieron caminando para alcanzar en otro tiempo la continuidad.

Descalzos los hombres de la mano de los dioses, encontraron el único corazón del mundo y ahí empezaron a vivir. Les costaría desarrollar costumbres, dejar huella, crear sentido de pertenencia, formar tribus y aprender a orientarse. Debieron los hombres de maíz aprender a distinguirse de otros animales, a reconocerse entre ellos y a compartir actividades en territorios del más fuerte. A saber que el sueño resulta más reparador de noche, que el alimento se busca y que los hijos nacen de un cuerpo, pero no de todos.

De la tierra brotaron los parentescos para tener compromisos con el Quinto Sol, que ya era el dios tutelar. Los hombres se concentraron en la estabilidad de su propia existencia y en el peligro de la desaparición. Entre tanta incertidumbre fueron trazando el arraigo al cultivo que les garantizara alimento en tiempos de sequía y opulencia en la cosecha para que, en el camino, el que tuviera hambre pudiera comer sin necesidad de robar. Junto con ellos, se formaron los calpulli y de ellos la élite gobernante. De ese modo se protegían del destino que feroz jugaba a separarlos en clases y condiciones.

Nacieron gobernantes por linaje, artesanos por necesidad, escribas por cognición, comerciantes por añadidura y agricultores por herencia biológica y cultural. Los hombres de maíz empezaron a delimitar territorios propios, a establecer legados

y a convertir sus pertenencias en intereses de grupo. Se formaron familias y con ellas dieron sentido al templo que construían en el lugar del Dios Anciano, en el centro de los cuatro puntos cardinales para que las fuerzas de los pisos celestes siguieran equilibrando las energías del inframundo.

Los grupos domésticos se convirtieron en unidades de la economía, aprendieron el mejor uso de los recursos y la administración de sus necesidades fue satisfecha según la ideología del tloaque que representaba la autoridad divina.

En la familia, el padre significaba la autoridad suprema, la madre entronizaba la producción de bienes a favor de los dioses y de los calpultéotl sin dejar de colaborar en labores agrícolas familiares y colectivas. Los hijos menores debían respeto a los mayores en un orden establecido por jerarquía de edad y género. Varón sobre mujer en cualquier actividad. De esa manera garantizaban el orden de los dioses y evitaban los daños que sobre ellos quisieran descargar.

Los niños eran educados según su clase social. La autoridad se ejercía por estirpe, se nacía con linaje y se obligaba a preservar como obligación divina. Se recibía formación militar, religiosa y administrativa en el Calmecac. Los hijos de agricultores, comerciantes y artesanos eran enviados al Tepochcalli, donde los formaban para ejercer el oficio que el dios tutelar había designado para ellos, de acuerdo con los designios de los dioses y las necesidades sociales del calpulli y sus alrededores. Varones y hembras recibían educación, cada uno en su entorno social, económico e ideológico. Predominaba el último.

Los ancianos quedaban exentos de obligaciones comunales en las poblaciones sedentarias, se veneraban como asesores y consultores porque su información provenía de los dioses que les habían permitido tanta vida para cuidar a sus descendientes. Se les otorgaba el control político y moral de las comunidades en un ejercicio de reverencia al Dios Viejo que los protegía.

En las poblaciones nómadas, los ancianos se convertían en una pesada carga. No existían grupos poblacionales que los aceptaran con agrado, no eran propicios para sacrificios religiosos y tampoco factor de producción en las tareas colectivas. Estos pueblos migrantes debían anexarse a las orillas del calpulli generalmente como extraños sin parentesco ni amistad con las familias fundadoras. No colaboraban con

la manutención del templo ni con la casa de administración que reproducía una ideología dominante, donde la suerte del colectivo la decidían las deidades y la ejecutaba el dios tutelar con una disciplina coercitiva y militar.

DEL GRUPO DOMÉSTICO A LA FIDELIDAD DEL GRUPO. UNIDAD ECONÓMICA

Los hombres de maíz se transformaron en civilizaciones agrícolas por intermediación geográfica, por apropiación territorial en un ambiente ecológico por demás rico, diverso y natural. Por derecho evolutivo en un espacio donde ya la materia estaba dada para ser transformada en cultura, religión y campo de conocimiento. La agricultura le serviría al hombre para alimentarse, nutrirse, vestirse, adornarse, protegerse y curarse. El maíz sería la base de su economía, pero su economía sería sustento de los dioses, templo del asombro y sorpresa de la arquitectura. No existiría labor agrícola familiar sin la tutela del cultivo colectivo.

Alfredo López Austin, en su libro *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*; nos comparte que "la vida de los individuos y la suerte de las cosechas tenían una relación indisoluble, compartían un mismo destino siempre". La tenencia de la tierra, bien necesario para desarrollar faenas de labranza era designada por el Calpultéotl, representante terrenal del dios tutelar en el calpulli.

El trabajo doméstico en las parcelas familiares era relativamente autónomo, sujeto a los ciclos calendáricos, a las necesidades inmediatas y a la organización propia de cada célula social, todos trabajaban para mejorar la producción y cubrir los tributos establecidos. De ahí se desprendía el trabajo colectivo, mismo que debería producir para la manutención del templo y de la casa de administración pública.

El trabajo debía ser colaborativo, racional y distributivo. Se organizaban ordenes de secuencia en la participación colectiva mediante un sistema censal a las que ningún hombre debía sustraerse porque las fuerzas de los dioses acomodaban su influencia sobre la superficie de la tierra y las tareas eran tan naturales como la necesidad de alimento que se compartía desde el cielo hasta lo más profundo de la tierra. Motivo para que los ancianos que llegaban del exterior no fueran bien recibidos. Tampoco los esclavos que iban a labrar desde la obligación y el enfado.

El calpultéotl tenía claro que la tierra producía en función de la preparación

para hacer crecer.

Para J.M.G. Le Clézio, en el símbolo de una tierra-madre al mismo tiempo nutricia y mortal se encuentra el ciclo de la agricultura, la actitud de amor y respeto por la naturaleza. La tierra carecía de límites igual que el cielo, el mar, el agua de los ríos que venía de abajo, donde los montes interiores se alimentaban de los huesos y las cenizas de los hombres muertos que habían descendido hacia el último piso del inframundo para dar de comer a las semillas que volverían a nacer. La tierra "nunca estuvo dividida en propiedad privada y pertenecía a todos para que todos hicieran uso de ella" (1992).

Gary Jennings, en una novela que escribe en 1999 y titula AZTECA, expone que las parcelas familiares destinaban las últimas cuatro columnas de la milpa para que los caminantes y los visitantes que tuvieran hambre jamás tuviesen que robar. Los campos de cultivo estaban abiertos al viento, al tributo, al trabajo colectivo y organizado porque era la única forma que la tierra concedía para producir.

No usaron la rueda, el arado ni la bestia de carga porque la agricultura constituía una infracción a las leyes de la naturaleza cuando se pretendía levantar en abundancia y enriquecimiento. No renegaban del tributo porque sus gobernantes, descendientes directos del dios tutelar y nietos-bisnietos de los dioses mayores merecían toda su confianza y tenían la obligación de resguardarla cantidad suficiente de alimentos para casos de hambrunas, enfermedades o acechos bélicos. En consecuencia, los gobernantes debían administrar meticulosamente las parcelas comunitarias y cuidar el buen manejo de las labores domésticas. Las actividades de labranza eran mucho más que un sustento económico, eran patrimonio cultural, político e ideológico. La tierra era el lazo que juntaba la vida con la muerte. "Herir la tierra para cultivarla, cavarla para extraerle minerales e incluso tomarla para fabricar objetos de alfarería constituían graves ofensas a los dueños de los lugares peligrosos" (Le Clézio, 1992).

Así las danzas, ceremonias colectivas ejecutadas al compás de una misma respiración, a un ritmo marcado por el corazón de todos y al golpe de los pies desnudos sobre la tierra, crearon un lenguaje de comunión y comunicación indescifrable para los desconocidos, pero mágico en su sentido de pertenencia y arraigo a la tierra que los veía nacer, les daba de comer y los esperaba a convertirse en humo que llamara

técnica, la afirmación ideológica ejercida subliminalmente, el apego a los sacerdotes que formaban las cuadrillas de labranza y la satisfacción del templo como escuela. Los sacerdotes eran líderes políticos y militares que también custodiaban las imágenes religiosas, sus representaciones y los poderes especiales que ejercían en las comunidades del Altiplano Central.

Por lo tanto, en el calpulli se ejercía la unidad política con una independencia administrativa, judicial, militar, tributaria y cultural dentro del contexto de dominio que se podía ejercer para preservar las garantías de un cultivo obligado pero sustentable. Antes que ser dominados y perder tierras, posesiones y protecciones que los obligaran a convertirse en esclavos o plebeyos de otros pueblos. En el mejor de los casos, prisioneros que serían sacrificados cuando los dioses tuviesen hambre o sed. Los dirigentes tenían la obligación de separar, distribuir y disponer las parcelas familiares para su labranza. Se entregaban en usufructo y se conservaban en propiedad mientras estuvieran produciendo. Para mantener un orden necesario se consideraba la pertenencia de la familia al calpulli en origen, luego se consideraban otras familias con lazos consanguíneos y en tercer lugar, se podían arrendar parcelas vacías a extraños o recién llegados. Esto último para sufragar los gastos comunales que generalmente eran fastuosos. Las ceremonias agrícolas-religiosas resultaban excesivamente costosas a la casa de administración.

Las parcelas se distribuían de acuerdo a la calidad del sustrato, su ubicación geográfica, el tamaño de la familia, la posibilidad de expansión parental y el número de individuos sin tierra.

El Calpultéotl debía asegurar a su población protección, vida, salud, capacidad reproductiva, asignación de tareas y oficios y por supuesto, tenencia de la tierra. De esta última se derivaba la sustentabilidad del calpulli, su autonomía e independencia.

LA PROPIEDAD DE LA TIERRA, TAMBIÉN DE LOS DIOS.

Para los pueblos mesoamericanos, la superficie de la tierra era el centro del equilibrio. Ahí se conjuntaban los dioses bajo la autoridad del Dios Anciano, radicado en el único corazón del mundo, que representaba la autoridad del Dios Padre-Madre, que conciliaba las fuerzas celestiales con las inferiores y que lo mismo expulsaba que acogía

científico muchos siglos después, cuando la humanidad menos ocupada en comprenderse a sí misma, quiso ocuparse en comprender el mundo exterior. El que sigue siendo de los dioses. Dioses que mueren para volver a renacer.

El maíz transformó al mundo. Complementó al trigo, a la cebada y al arroz en el catálogo de los granos y cereales indispensables en la subsistencia de los seres vivos. Transfiguró la identidad de los dioses y puso a debate la existencia del monoteísmo. Colocó a las colonias en la avaricia de los imperios y se mantiene como usufructo de quienes lo deseen venerar. De la tierra, lo que la tierra quiera dar, no lo que el hombre desee arrebatar.

REFERENCIAS.

Aguirre Eugenio (2008) Isabel Moctezuma. Editor digital: HimaliePub base r1.2. Archivo personal pdf.

Jennings Gary (1999) Azteca. Barcelona, España. Editorial Planeta. 7ª. Reimpresión. ISBN: 970-690-326-7.

Le Clézio J. M.G. (1992) El sueño mexicano o el pensamiento interrumpido. 1a. edición en español. México. ISBN 2-07-071 389-X.

López Austin Alfredo (1985) LA EDUCACIÓN DE LOS ANTIGUOS NAHUAS 1. México. Consejo Nacional de Fomento Educativo, 1ª. Edición. ISBN 968-6011-74-9/F 1219.76E38L66 Ej. 1 v.1 CGBCG.

_____ (1980) Cuerpo Humano e Ideología: Las concepciones de los antiguos nahuas. 1ª. Edición UNAM, México. F 1219. 76P55 L66 1980 Ej. 1 CGBCG.

_____ y López Luján Leonardo (2011) El pasado indígena. 6ª. Reimpresión de la 2ª. Edición. México. Fondo de Cultura Económica. F1219 L66 2011Ej. 1 CGBCG.

Paredes López Octavio, Guevara Lara Fidel y Bello Pérez Luis Arturo (2006) Los alimentos mágicos de las culturas indígenas mesoamericanas. México. Fondo de Cultura Económica. F1219.3F64 P37 2006.